

SOLEMNIDAD DEL SANTISIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (A)

En los días del éxodo, Dios salvó a su pueblo dándole el maná, un alimento «que no conocían sus padres», y el agua que sacó «de una roca de pedernal». Gracias a este pan bajado del cielo y a esta agua el pueblo pudo atravesar aquel «desierto inmenso y terrible», para entrar en la tierra prometida donde pudo disfrutar por fin del descanso tan largamente esperado. A lo largo del camino tuvo que experimentar una extrema indigencia, que sólo Dios podía socorrer, y tomó conciencia de una necesidad más vital que la de los mismos alimentos terrenos: «No sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios».

Al multiplicar los panes y los peces para alimentar a la muchedumbre, Jesús se revela como el nuevo Moisés, pero añade que él da su propia carne como comida y su propia sangre como bebida. El es la «verdadera comida» y la «verdadera bebida», no para saciar el hambre y la sed de un momento, sino para dar la vida eterna. Afirmación sorprendente, pretensión increíble por parte de un hombre, por más signos y milagros inauditos que realice. Para aceptarla es necesario haber creído en Jesús como Hijo de Dios que ha «entregado» su cuerpo y ha «derramado» su sangre por la salvación del mundo, y a quien el Padre ha resucitado de entre los muertos para sentarlo a su derecha en el cielo. Hay que tener presente lo que el Señor dijo e hizo en la última cena con sus apóstoles. Hay que reconocer, en fin, bajo los signos del pan y del vino ofrecidos en acción de gracias, el cuerpo y la sangre de Cristo.

Este sacramento, que hace a la Iglesia, reúne en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu a la multitud de los creyentes dispersos por toda la tierra. Es el viático insustituible para el camino de nuestro éxodo hacia la Jerusalén del cielo, donde el Señor nos introducirá cuando vuelva.

La eucaristía que celebra la Iglesia es el «misterio de la fe», fuente y exigencia del amor, fundamento de la esperanza, remedio de inmortalidad. Lo que sabemos y proclamamos continuamente es lo que celebra la solemnidad de este día.

PRIMERA LECTURA

Los autores bíblicos han meditado con frecuencia y detenimiento los acontecimientos del éxodo. El pueblo vivió una experiencia capital: en el desierto, «un sequedal sin una gota de agua», la palabra de Dios es tan necesaria como el agua que sale de la roca y el maná, ese pan maravilloso regalo del Señor.

Te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres.

Lectura del libro del Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a

Moisés habló al pueblo, diciendo:

Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto; para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no.

Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para enseñarte que no sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios.

No te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres.»

Palabra de Dios.

SALMO

Pan para el camino, palabra para el corazón, paz para todo el pueblo: regalos del cielo de los que la Iglesia hace memoria.

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20 (R.: 12a)

R.

Glorifica al Señor, Jerusalén.

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. **R.**

Ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.
Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz. **R.**

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;

con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos. **R.**

SEGUNDA LECTURA

La comunión en el cuerpo y la sangre de Cristo crea entre los creyentes una unión vital superior a la comunidad de fe y esperanza, de la que es signo eficaz.

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 16-17

Hermanos:

El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque que comemos todos del mismo pan.

Palabra de Dios.

Aleluya Jn 6, 51

Aleluya. Aleluya.

El pan que nos das es tu carne para la vida del mundo.

El que come de este pan

vivirá, con alegría, para siempre. Aleluya.

Aleluya, aleluya.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo -dice el Señor-;

el que coma de este pan vivirá para siempre. Aleluya.

EVANGELIO

El maná, el pan bajado del cielo, se dio a nuestros padres para que atravesaran el desierto. Después de la multiplicación de los panes, Jesús declara solemnemente que él es el pan vivo bajado del cielo para dar al mundo la vida eterna; que él en persona es el alimento indispensable para llegar a la resurrección del último día. Para entender el sentido de estas

palabras, hay que recordar la comida que el Señor compartió con sus discípulos la víspera de su muerte. Al ofrecerles el pan y el cáliz, dijo. «Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Tomad y bebed, este es el cáliz de mi sangre». Bajo los signos eficaces del sacramento que llamamos eucaristía es como se puede comer su carne y beber su sangre, comulgar íntimamente en la vida de Cristo resucitado.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

+ Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

-«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.»

Disputaban los judíos entre sí:

-«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

Entonces Jesús les dijo:

-«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.»

Palabra de Dios.

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>